

LA IDEA

S. D.

SEMANARIO REPUBLICANO

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Sixto Ramón Parro (Tripería), 27, teléf. 133.

Toda la correspondencia se dirigirá á la Administración.
Los originales que se remitan estarán firmados y no se devolverán.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Toledo, un trimestre. 1,00 pesetas.
Provincias, id. 1,50 »
Número suelto. 0,10 »
Anuncios y comunicados á precios convencionales.

Pago adelantado.

DOS PARRAFOS DE BURELL

«Desconocido yo en Toledo, sin amistades ni pasiones, he cumplido con aquello que estimaba como mi deber, aunque tal vez mi propio movimiento pudiera haber coincido con otro indudable y enérgico por parte de la opinión».

Estas palabras, tan admirablemente concertadas, expresan el estado de ánimo de D. Julio Burell, sus honrados propósitos, y la luz que en su clara inteligencia se hace en el conocimiento de cuanto le rodea. Falta sin embargo para determinar con el debido acierto su situación, que hubiera añadido: *desconocedor yo de Toledo*.

Debemos hablar el lenguaje de la franqueza al caballero que, dando gallarda muestra de desinterés y viril dignidad, no vacila ante la fundada sospecha de que su campaña en defensa de los desvalidos sea perdida,—triunfando los detentadores del derecho,—en renunciar al elevado cargo que desempeña, y se apresta á la lucha confiando á su solo esfuerzo personal y á la enaltecida causa que defiende, el éxito de la batalla.

A la llegada de D. Julio Burell á Toledo, la población halló rodeado de personalidades que no son, ciertamente, una esperanza redentora, y temió con motivo, que el nuevo Gobernador fuese encauzado por torcidos derroteros, y la energía de sus iniciativas se gastase y perdiera en el vacío.

No nos referimos á los contadísimos amigos particulares que encontró en nuestra ciudad, los cuales, unos por la índole de su carrera, por no haber descendido otros á microscópicos análisis, todos en fin, por sus desinteresadas aficiones, jamás se mezclaron en la política rastrera ni de altura, de esta intelice Insula Barataria.

Así las cosas, y á pesar del secuestro en que el Toledo independiente, trabajador intelectual le veía, llega el día de la memorable sesión (como la llama uno de sus amigos políticos en *La Epoca*) y en él se revela el hombre de valor cívico, que rompiendo las ligaduras que le sujetan, pone al descubierto, al propio tiempo que las miserias y depredaciones de algunos, el acero finísimo de su bien templado espíritu.

La opinión pública, único ambiente respirable cuyas corrientes disipan toda atmósfera viciada; cuerpo compuesto de elementos sanos, acrisolados y sin más ambición que la nobilísima de amparar toda noble causa; ese grandioso tribunal, á cuyas puertas llama el Sr. Burell, (y al que recusa *La Epoca*) está desde aquel momento esperando sus órdenes para cumplirlas inmediatamente, sin vacilaciones ni desmayos.

No se atreve sin embargo á llegar hasta el Sr. Burell, pues sospecha—desconociendo la realidad—que puede haber influido en su ánimo el consejo de los secuestradores de la verdadera opinión y espera arma al brazo, el desarrollo de los acontecimientos.

Pero llega el momento crítico: el de la depuración oficial de los delitos denunciados, y la prensa de gran circulación, estampa en sus columnas una nota oficiosa, basada en una carta del Delegado especial, en la que se desmienten las afirmaciones de la digna autoridad civil de nuestra provincia.

Herida la opinión imparcial en la médula de sus sen-

timientos, en el alma de su honradez, ve con clarividencia sobrehumana, la labor secreta de los enemigos implacables de que la verdad resplandezca y teme que la traición acabe con el hombre que presenta su pecho descubierto como bruñido escudo, á los dardos de la villana y asalariada bandería.

Despierta en aquel punto el espíritu de Burell y penetrado de la falsía de cuanto le cerca, lanza á la publicidad un documento cuya resonancia repercute en toda España. El último de sus párrafos es tan admirable por la sincera amargura de su convicción en la ineficacia de la acción oficial, cuanto por la brillantez de su estilo.

«Jamás la verdad será hallada entre las vueltas y revueltas de los folios burocráticos, y para su defensa y enaltecimiento, mi bastón de gobernador sirve muy poco, y en cambio, ni pluma de escritor, acaso sirva todavía.»

Y esa opinión expectante encuentra ya confirmada la sinceridad de Burell, y ya no espera, sino que se lanza unida y compacta á la pelea y en imponente manifestación, demuestra su adhesión incondicional y su absoluta confianza á tan valeroso caudillo.

Hoy proclama el pueblo, y nosotros á fuer de leales tenemos el deber de hacerlo llegar hasta los oídos del Sr. Burell que, puesta la fe en su digna personalidad, Toledo tiene el honor de decirle:

Sr. Gobernador: vuestros enemigos, los de la moralidad y los legítimos intereses de la provincia, están entre vuestros consejeros de primera hora: si queréis agigantar vuestra aliviada figura, sirviendo antes que otra causa la de la justicia, arrojad del templo á fariseos y mercaderes y escuchad con atención, con fe y con decidido empeño de inspirarse en ella para acabar la obra comenzada, los latidos de la opinión pública.

HAY RESPONSABILIDAD

No hay que emplear atisbos ni argucias porque para la moralidad del país, para la buena gestión de los asuntos que os están encomendados, no basta con decir, yo no me he aprovechado ni enriquecido con lo que les han quitado á esos seres desgraciados que están bajo nuestra custodia, nosotros no hemos robado nada; pero esta exculpación no se puede admitir y diremos como decía Cicerón ante el senado de Roma, cuando acusaba á un personaje que había sido procónsul de la Sicilia: «no habréis guardado el dinero con vuestras manos, pero vuestras manos, son los funcionarios que vosotros habéis elegido y consentís; vuestras manos son las personas de quien os habéis valido para todo; vuestras manos son esa cohorte de esclavos fugitivos que lleváis tras de vosotros.»

«Decís, Diputados, que vosotros no habéis recibido dinero, pero no puede admitirse otra cosa que vuestra responsabilidad, porque una vez admitidas vuestras exculpas se harían imposible las causas de concusión, y la inmoralidad triunfaría por sus respetos.»

O por intención ó por negligencia, vosotros sois los responsables para la moralidad del país y para la buena

gestión de los asuntos públicos. Sin eso desaparecería la confianza; sin eso desaparecerían del pueblo el verdadero patriotismo, porque desaparece de los pueblos el patriotismo tan pronto como se convencen de que no son bien administrados, que no son bien gobernados, como tienen derecho á serlo, tan pronto como se persuadan de que los que están á su frente no se ocupan para nada de los asuntos para los cuales les han escogido.

«La negligencia ha sido castigada en todos los tiempos, porque la negligencia, en el cumplimiento de un deber, puede y constituye delito. El delito no es sólo la intención de cometer un acto criminal; *el delito es la violación apreciable del deber*. Esa es la única definición posible del delito; donde quiera que hay una violación, bien sea de un deber moral, bien sea de un deber social, allí está el delito, allí debe estar la pena, allí la justicia social para castigarlos.»

Pero triste situación la nuestra; la servidumbre es lo normal, lo malo predomina sobre lo bueno, la malicia siembra y abona los gérmenes del mal que cultivan en beneficio propio los más perversos. Y los pocos buenos tocados del egoísmo se retirarán, como ellos dicen, á sus casas; y los buenos heroicos, los que no transigen con el mal, son eliminados violentamente y vigilados por sospechosos; y esa masa neutra, ni mala ni buena, se acobarda y abandona el campo y deja obrar al mal hasta que por hábito se van pervirtiendo, de pensamiento primero, de actos después y se apela á convencionalismos, como apeló Adán á la hoja de parra.

No, es necesario que esto termine y digamos como decía el gran orador romano: «hasta cuándo Catilina has de abusar de nuestra paciencia» destruyamos esos témpanos inmensos del caciquismo que hacen imposible la vida y la circulación nacional, convirtiendo en ficciones insanas todos los organismos, haciendo imposible la moral y la justicia entre los hombres.

Barramos para siempre esas impuras secreciones del feudalismo anárquico repartidas por villas y provincias que todo lo agostan en flor abroquelados en el egoísmo moral que les sirve de castillo inexpugnable.

En todos los tiempos, los pueblos han tenido alguna distinción para sus héroes y para sus mártires; nosotros, á fuer de agradecidos, proponemos al más alto tribunal de la nación, que debía de nombrar Diputados y no los nombra, que debía de retirar la confianza á los Senadores y no la retira, que debía de destituir gobiernos y no los destituye, el tribunal de la opinión pública, que haciendo uso de su prerrogativa conceda á D. Julio Burell el gran diploma del agradecimiento, máxima recompensa de los pueblos honrados.

UN RECUERDO A LOS BOERS

Pocos pueblos habrán sostenido lucha tan heroica, y habrán sabido realizar esfuerzos tan inauditos para defender su independencia, como este puñado de valientes, en el año y medio que próximamente llevan de guerra.

Si añadimos á esto la desigualdad de condiciones en que están colocados, no podemos prescindir de manifes-